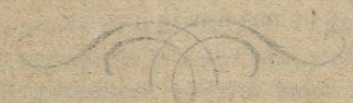


lino el año. Las manufacturas de lana que se ven á los
 mismos precios, como se ve en el 7.º 000 000. Mas
 una suma de cerca de 15 000 000 de reales de la cual es
 probable que la mayor parte no paga en total de derechos
 el costo español. Esto no habiendo prohibición, debe
 que se pague en el extranjero. El comercio
 y la industria es duplicada en cuanto á los
 de la parte de: por que muchas especulaciones que no
 pueden pagar la importación legal, y no pueden pagar la
 prohibida, aumentan sus capitales en el comercio exterior.
 que se introducen por la modificación de sus capitales, como
 hoy están en España de aquel modo, por el exceso de
 ellas. Hemos dicho que el comercio duplicado, y en parte
 mente es una remedia que se introduce en este mundo.
 que la industria, traza los límites del comercio, como
 de la industria la libertad, el comercio de industria, la
 comercio que con la industria, y los límites que
 que el trabajo, por medio del cambio de productos.



7
 N
 L

CAPITULO VIII.

**Objeciones a la Libertad del Comercio.
 Dependencia exterior.**

Cuando verdades tan luminosas y convincentes, como
 las que hemos espuesto en los capítulos anteriores, lèjos
 de propagarse con la rapidez de la demostracion, apénas
 pueden abrirse camino en la opinion pública, por medio
 de una discusion meditada y analítica; cuando esta dis-
 cusion, no obstante la irresistible lògica que la sostiene, y
 los nombres ilustres que la sancionan, apénas estiende su
 influjo mas allá de las columnas de un periòdico, de los
 estantes de una librería, ó del salon de una academia;
 cuando, presentada en la arena política, la vemos ataca-
 da de frente y con empeño, por hombres de diferentes cla-
 ses, intereses y profesiones; en fin, cuando vemos caer en
 unas partes los ministerios que adoptan y se proponen
 aplicar una doctrina tan benéfica, y en otras enmudecer

á los hombres que las profesan, intimidados por la oposicion que los anatematiza y amenaza, parece natural creer que todas las razones y todos los hechos en que ella se funda, y que presenta como garantías de su solidez, están cuando ménos, equilibrados por otras razones y otros hechos no ménos convincentes, no ménos graves que los que le sirven de defensa y de base.

Y en cuanto á hechos, desembaracémonos de esta dificultad, asegurando que hasta ahora no se ha presentado ninguno bastante consistente y notable, y del cual se deba inferir que las prohibiciones y derechos altos, favorecen el consumo, aumentan la riqueza pública, ó contribuyen de algun modo á la ventura de los pueblos. Las anomalías que puedan notarse en esta regla general, son de fácil esplicacion, como ya hemos visto, y seguiremos viendo en el curso de esta obra. Los hechos constantes, uniformes, sistemáticos y universales, están en favor de la libertad. Los que en apariencia la contradicen, ó carecen de todos aquellos caracteres, ó prueban al contrario, cuánto bien habria podido hacerse con la libertad, si se hubiese adoptado en lugar de la esclavitud. (1)

Por lo que hace á razones, hemos escogido las únicas importantes y seductoras, entre todas las que forman el cuerpo de ataque de nuestros contrarios, y vamos á examinarlas, sin disminuir en un ápice su gravedad, dejando

(1) Del déficit que ha producido en las rentas de la Gran Bretaña, la extraordinaria disminucion introducida en 1839, en el porte de las cartas (*penny-postage*) nada se puede inferir en contra de nuestra opinion favorita. Los autores de la medida sabian de antemano lo que habia de suceder, y así es que, al mismo tiempo que la propusieron en el Parlamento, pidieron su autorizacion para llenar aquel vacío con otros recursos. No debe considerarse, en efecto, aquella benéfica innovacion, sino como un abandono generoso que la corona hacia de sus derechos legítimos, en favor del público

al buen sentido de nuestros lectores, que decidan entre las dos doctrinas opuestas, despues de haber pesado sus respectivos argumentos. Razones, hemos dicho; no pasiones ni intereses; armas ilegítimas, que son por lo comun las que mas frecuentemente se emplean en esta disputa, y á las cuales no es posible oponer las que nosotros manejamos. Los gobiernos, cuya marcha obstruyan, cuyas buenas intenciones paralicen, tienen para reprimirlos, una lógica mas eficaz, que la que entra en las atribuciones del razonador y del economista.

Empecemos por el argumento mas disculpable, porque se funda en un sentimiento noble, y propio de todo corazón recto y generoso.

“El consumo de mercancías y producciones estrangeras pone á la nacion que lo hace en entera dependencia y sumision de la que las cria y manufactura. Al arbitrio de esta se ponen los goces y la satisfaccion de las necesidades de aquella, y en su mano tiene disminuir la esfera de su bienestar, é imponerle las mas duras privaciones. ¿Cómo puede ser independiente una sociedad humana que no puede vestirse, ni aun comer, si otra no le suministra la ropa y el alimento? Claro es que en esta combinacion de circunstancias, y en la inferioridad que de ellas resulta en daño del pueblo consumidor, nada es torba que este reciba la ley, y se someta á las condicio-

y para facilitar la correspondencia; sin embargo, tan infalibles son las reglas del sentido comun, tan seguro el principio del tráfico libre, y tan escésivamente ha crecido el número de cartas, desde que el porte bajó de cuatro peniques á uno, que segun los cálculos de Mr. Rowland Hill, autor del proyecto, dentro de cuatro años, la renta se pondrá en su nivel antiguo, despues de haber producido, y produciendo sin cesar, los inmensos beneficios que de ella han resultado, y que no osan negar sus mas descarriados enemigos.

“nes que el productor le imponga. Así queda destruída “la independéncia, y con ella el patriotismo.”

Esta última palabra representa uno de los sentimientos mas puros, elevados, virtuosos y honoríficos del corazón humano; pero sentimiento ficticio y convencional, ligado á veces con circunstancias transitorias y arbitrarias, espuesto á confundirse con las ecsigencias mas pueriles de la vanidad, con los instintos mas sórdidos del egoismo, y con los pruritos mas voraces de la ambicion, y por tanto, fácil de estraviarse en culpables excesos, de disfrazarse bajo especiosos sofismas, y de prestarse á tiránicas pretensiones. Así lo vemos frecuentemente sirviendo de excusa á detestables crímenes y á miras interesadas. El conspirador ataca en nombre de la patria los derechos mas santos, y las mas venerables instituciones; y el monopolista defiende en nombre de la patria, los privilegios mas odiosos y opuestos al bien público. En el código del Evangelio no hay patria, sino prógimo; Fenelon pone al género humano ántes que á la patria, y hasta la filosofía pagana no osaba sacrificar los intereses de un punto geográfico, á los de la especie humana. Así cuando Lucano ecsalta hasta las nubes el patriotismo de Catón, á renglon seguido coloca este patriotismo una línea mas abajo de su filantropía universal.

*Naturam sequi, patriæ que impendere vitam;
Nec sibi, sed toti genitum se credere mundo. (1)*

Confesemos, sin embargo, la ecsistencia de un instinto razonado, y no por esto ménos imperioso, que nos identifica, en cierto modo, con el sitio en que recibimos el bene-

(1) Pharsal. II. 383.

ficio de la vida, con las escenas de nuestra infancia, con los lugares impregnados en recuerdos de caricias maternanas, de juegos inocentes y de sonrisas protectoras. Respetemos, sobre todo, el afecto desinteresado, grande y á veces sublime, que emana de nuestras relaciones con el cuerpo civil y político de que hacemos parte, y que nos impulsa y obliga á ver en la patria el objeto de nuestras preferencias mas vehementes, y á sacrificarnos en sus aras cuando lo ecsijan su honor, su ventura y su independéncia.

Pero no confundamos la independéncia política con la económica. Aquella es una condicion vital de la nacionalidad; un elemento constitutivo del Estado; una parte necesaria de su estructura. Esta, escepto en la vida salvaje, es impracticable, porque no ha ecsistido jamas, ni ecsistiria una sociedad humana, por insignificantes que sean sus progresos en la civilizacion cuyos productos naturales y fabriles cubran todas sus necesidades, suministren á todos sus goces, ó alimenten todas sus aptitudes al trabajo. Aun suponiendo un terreno apto á la produccion de toda clase de frutos, y un clima favorable á su desarrollo y perfeccion, es imposible que á estas ventajas se unan las facilidades, disposiciones y elementos de los innumerables ramos de industria que contribuyen á la ventura de las sociedades modernas. Las naciones mas adelantadas en las artes, sacan de otras no solo lo que la naturaleza les niega, sino los artefactos que de resultas de ciertas peculiaridades características y locales, se producen en otras partes con mas perfeccion ó baratura. En Francia se trabaja admirablemente la lana y el acero, y sin embargo, las franelas y la quincallería fina de Inglaterra están allí en continua demanda. En Inglaterra no hay medios de rivalizar con Bélgica en sus encages. Lás

modistas de París se proveen de blándas de Cataluña. Los joyistas franceses è ingleses emplean los mosaicos y piedras labradas de Roma, y los sombreros de paja de Toscana triunfan sin competencia en todos los almacenes de modas del mundo. La Providencia, al distribuir estas diferentes aptitudes y escelencias entre las diversas naciones del globo, parece que ha querido por estos medios estrechar los vínculos de su amistad recíproca, y convidarlas á aumentar entre ellas una confraternidad perpétua de servicios y obligaciones.

Pero aunque así no fuera, es fácil probar que la independencia económica, seria la muerte moral del pueblo que se obstinase en limitarse á sus recursos, y en concentrarse en su esfera de actividad. Desde luego, cerrados sus mercados á todos los otros pueblos, estos le cerrarian los suyos y lo condenarian á consumir sus productos y á carecer de los estraños. El trabajo, privado de estímulos, mermaria en estension y degeneraria en calidad, hasta retroceder al estado de infancia de las sociedades primitivas. Ninguna combinacion posible de circunstancias podria, en semejante caso, añadir una mínima fraccion monetaria á la masa del capital circulante. En lugar de esa multitud y complicacion de ocupaciones y tareas que provoca el tráfico; en lugar de esa actividad y hormigueo de cambios y negocios que el tráfico alimenta y diversifica, la inaccion y la ociosidad, con los vicios, sus inseparables compañeros, paralizarian la energía del alma, corromperian los instintos del corazon, y entorpecerian los resortes de la inteligencia. No es posible concebir semejante estado de cosas, sin identificarlo con el embrutecimiento y degradacion de las tribus mas bárbaras.

Una vez que se llama *dependencia* ese enlace de relaciones que el cambio de sus diferentes productos estable-

ce entre las fracciones de nuestra especie, es preciso confesar que las naciones mas dependientes, son justamente las mas opulentas, las mas prósperas y las mas activas. No hay nacion mas dependiente en este sentido, que la Gran Bretaña. Su preponderancia marítima depende de los cáñamos y de las maderas del Báltico. Una gran parte de la base de su alimento, no obstante la perfeccion de su agricultura, y las leyes restrictivas que la protejen, depende de Polonia y del Mar Negro. Un capital de 390.000,000 de duros, el pan de 1.300,000 seres humanos, una esportacion de 125.000,000 de duros, una inmensa parte de la explotacion de sus minas de carbon de tierra, dependen del algodón que compra, casi totalmente, en Egipto, Brasil y Estados-Unidos. Pero, ¿qué mas? Todo su poder, toda su riqueza, su ecsistencia misma, si es lícito decirlo, depende de las naciones estrangeras que compran y consumen los productos de sus manufacturas.

Pero no perdamos el tiempo en inútiles amplificaciones. Esta cuestion, como otras muchas que han embrollado al mundo y han perpetuado el imperio del error, no es mas que un juego de palabras, y en realidad, esta espresion: *dependencia mercantil*, carece absolutamente de sentido. Una nacion no depende de otra porque trafica con ella, pues en tal caso, las dos dependen una de otra. Las naciones no compran ni venden, sino cambian; y una vez adoptada esta nomenclatura, la equivocacion desaparece.

Si el ruso depende del ingles cuando le toma sus tejidos, el ingles depende del ruso cuando le toma sus cueros. La igualdad en estos casos es perfecta. La guerra, la desavenencia, cualquier incidente que venga á interrumpir esta reciprocidad de ventajas, será tan perjudicial á una nacion como á otra, y aquella que en el idioma de la preocupacion vulgar se llama superior, tendria que de-

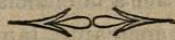
plorar tanto ó mas que la que se cree inferior, la cesacion de sus ganancias, el abarrotamiento de sus almacenes, y la parálisis de sus capitales.

Lèjos, pues, de alimentar esa triste idea de independencia quimérica, tan opuesta á los intereses de los individuos y de los Estados, como á los benèvolos designios de la Providencia, el amigo de la humanidad desea que la mal llamada dependencia, se estienda y ramifique, y que se multipliquen y crucen los lazos que la forman, hasta constituir de la especie humana una familia de pueblos hermanos, movidos por los mismos impulsos, è igualmente interesados en la conservacion de la paz universal, que debe ser el resultado último de la civilizacion, como esta es el producto necesario del trabajo y del comercio.



CAPITULO IX.

Segunda objecion.—Balanza del Comercio.



LA Economía Política ha sido muy sensatamente comparada á la doméstica, porque bajo muchos puntos de vista, el arte de hacer á las naciones ricas y florecientes, no es mas que la aplicacion en grande de las reglas y prácticas que se emplean, con el mismo objeto, en una familia ó en un establecimiento mercantil. Pero este símil no pasa de ciertas barreras, y quererlo aplicar en todas sus consecuencias, seria sacarlo de quicio y esponerse à caer en gravísimos errores.

No es de pequeña importancia el que representa las palabras que sirven de lema à este capítulo. El resultado que da en las casas de comercio la liquidacion anual de los negocios, llamada *balance de cuentas*, y de la cual se infiere la ganancia, si las ventas esceden á las compras y la pérdida, si las compras esceden á las ventas, ha servi-

do de modelo á una operacion de la misma clase, aplicada á las naciones, y cuando en una nacion dada, las esportaciones ha escedido á las importaciones, se ha dicho que ha ganado, ó que la balanza del comercio ha estado en su favor. Si por el contrario, el exceso ha estado de parte de las importaciones, se ha dicho que ha habido pérdida, y que la balanza del comercio ha estado en contra. De estos principios es fácil deducir que mientras mas se favorece el comercio exterior; mientras mas alicientes se ofrecen á la introduccion de mercancías, mayor es el riesgo de que las importaciones sobrepujen á las esportaciones, ó lo que es lo mismo, que la balanza del comercio se incline en favor de las naciones que importan y en daño de las que esportan.

Esta idea es anterior á la ciencia económica y contemporánea del sistema mercantil, tan ruidoso en su tiempo. Hace cerca de cien años que un escritor inglés decia: "El modo seguro de enriquecernos, es emplearnos en el tráfico estrangero, en el cual debemos observar la regla siguiente: Vender á los estrangeros mas de lo que les compramos. Supongamos que estando plenamente abastecidos de paño, plomo, estaño, hierro, pescado y otros productos nuestros, enviamos lo que nos sobra á los países estranos, y vendemos allí este sobrante por el valor de 2,200.000 libras esterlinas, y que con esta suma, les compramos de los productos suyos por el valor de 2,000.000; claro es que habremos ganado 200.000 (1). tan claro, que la idea de la balanza ha dominado despóticamente en el mundo, como un dogma infalible; ha servido de barómetro, para calcular las subidas y bajadas de

(1) Mun, *Treasure by foreign trade* passim.

la riqueza pública, y ha suministrado el testo y el asunto de muchas obras voluminosas, erizadas de estados, cuadros y números. Hemos visto grandes oficinas con las palabras *balanza del comercio*, en letras doradas sobre su puerta; hemos oído las congratulaciones dirigidas de oficio á la nacion, por haber escedido los géneros salidos á los géneros entrados; hemos visto, en fin, y sentimos decirlo, vemos hoy hombres públicos que respetan la susodicha balanza, tanto como la de Témis, y que creen que si de esta depende la proteccion de los derechos privados aquella indica, con inerrable esactitud, las altas y bajas de la ventura nacional.

Dos singularidades ofrece el engaño en que estriba todo este sistema. La primera, es que de la diferencia entre las importaciones y esportaciones, la consecuencia natural y legítima, que sacaria un hombre de sana razon y despreocupado, deberia ser precisamente la diametralmente opuesta á la que generalmente se saca. Si viésemos dos masas de riqueza de cualquier clase, distintas y desiguales en cantidad y valor, colocada enfrente una de otra, y prócsimas á mudar de manos, y se nos preguntase: "De las dos personas á cuya respectiva posesion van á pasar en trueque estos dos conjuntos, ¿cuál es la que gana, y cuál la que pierde?" Naturalmente, y sin la menor vacilacion, responderiamos: "Gana el que toma la mayor masa, y pierde el que toma la menor." Luego si el total de productos que entran en el curso de un año en los puertos de una nacion, es superior al total de los que salen, es innegable que la nacion gana, y que en el caso contrario pierde. Luego no hay la menor duda que el exceso de importaciones con respecto á las esportaciones, es una ganancia positiva, y que las oscilaciones de la balanza, demuestran lo contrario de lo que se ha querido

demostrar hasta ahora. Supongamos posible el absurdo en que toda esta quimera estriba; supongamos que en cambio de los 6,000.000 de duros de mercancías francesas que entran en España, no entrasen en Francia mas que 4,000.000 de blondas, barrilla, vino, ganados y otros frutos españoles, ¿dejaría de haber un exceso de 2,000.000 en favor de España, por mas que se sutilicen los argumentos en favor de lo contrario?

Pero la otra singularidad es todavía mas estraña, y realmente no se concibe cómo los hombres hayan abrigado y sigan abrigando, un error que está en contradicción con las impresiones diarias de los sentidos y con las primeras nociones del raciocinio.... ¿No salta á los ojos que el comercio inter-nacional es un cambio de valores iguales? ¿No es innegable que una nacion al esportar, ó al dejar que esporten otrás sus productos, lo que hace (y no puede hacer otra cosa) es cubrir con su valor el valor de los productos que han importado, ó ha dejado que se le importen? ¿Por qué en esta permuta voluntaria y espontánea de frutos del trabajo, por frutos del trabajo, ha de dar una nacion mas de lo que recibe? Si el negociante de Liverpool vende al hacendo de la Luisiana, agujas, paños y percales á precio mas alto del que estos géneros tienen en Manchester, Leeds y Boston, (lo cual no es siempre cierto) ¿no venderá el hacendado de la Luisiana al comerciante de Liverpool, sus pacas de algodon á mayor precio que el corriente de Nueva-Orleans? Tan palpable es el error de que se trata, que está envuelto en las mismas espresiones que usan los que lo adoptan. Porque, ¿qué quiere decir "una nacion ha esportado por valor de un millon?" No quiere decir otra cosa, sino que ha importado por valor de un millon: y si no es así, ¿cómo sabe que es un millon el valor de lo esportado? El va-

lor, ínterin no se realiza numéricamente en el acto de la tradicion, es cuando mas, una calidad latente, como el calórico en los cuerpos frios, y el magnetismo en casi todos; puede ser un ente de razon, una idea, sin fundamento; puede ecsistir hoy y no ecsistir mañana; depende de una cosecha, de un buque, de una quiebra, de todas las circunstancias que afectan la demanda. No hay valor verdadero, sino cuando se realiza su fórmula, y entónces son dos valores: el dado y el recibido. Es, pues, innegable que la fórmula, la espresion concreta, el guarismo en que se espresa el valor de los géneros vendidos ó cambiados por un hombre, por un establecimiento, por una sociedad humana, significa, no ménos, la cantidad vendida que la comprada; lo enagenado y lo adquirido. A esta regla no hay mas escepciones que la insolvencia ó el engaño, y éstas no pertenecen á la cuestion.

Puede ser que una nacion gane en la reesportacion, vendiendo en otros mercados los géneros que importó en su territorio, á mas alto precio que el de la compra original. Mas esta es una operacion secundaria, que no entra ni ha entrado jamas en los cálculos de la balanza. En su teoría, lo único que se considera es la primera entrada y la primera salida, y en esto se funda el cálculo del *déficit* ó del aumento.

"Pero dicen algunos economistas franceses, supuesto que son iguales los valores que las naciones cambian entre sí; supuesto que lo que entra es equivalente á lo que sale, ¿en qué puede consistir el provecho? ¿Cómo puede aumentarse la riqueza interior, cuando la parte en que se disminuye es igual á la que reemplaza esta disminucion? ¿No dicen ustedes que un millon esportado, representa un millon importado? Luego no hay exceso; luego no hay ganancia; luego la teoría no esplica el incre-

mento del caudal comun por medio del comercio. De la esplicacion que ustedes admiten, podrá inferirse que el comercio da à la riqueza del mundo, una distribucion mas ó ménos conveniente ó acertada; pero no que aumenta un átomo á la de cada nacion respectiva."

Este sofisma es seductor, y lo parece tanto mas, cuanto que emplea las mismas armas que la opinion que combate, y se funda en los mismos cálculos que ella: mas no por esto deja de ser un sofisma, fraguado para demostrar las ventajas de la agricultura con respecto al comercio. Vamos à probarlo. En primer lugar, la ventaja del esterior no consiste en obtener mas valor que el que se da, sino en obtener fuera lo que no podria obtenerse dentro, ó solo podria obtenerse á precio mas subido, que el del mercado estrangero. En Inglaterra podria hacerse vino de Jerez, y en Jerez podrian hacerse agujas; pero en ambos casos, el costo de la produccion seria enorme, y el ingles que quiere vino, y el español que quiere agujas, saben que les es infinitamente mas cómodo cambiar estos productos, que hacerlos cada uno en su territorio. En el caso citado, el valor del líquido se calcula por el costo de la produccion en el país que tiene para ello todas las capacidades necesarias; y el valor del artefacto, por el costo de la produccion en el país que posee todas las ventajas que el artefacto requiere. Así, pues, lo que una nacion gana, la otra no lo pierde. Una y otra han conseguido lo que deseaban, es decir, ahorrar trabajo y capital. "Supóngase, dice un autor citado, (1) que en Inglaterra un cierto número de hombres puede, en un cierto número de dias, producir 10.000 varas de paño y 1.000 fanegas de trigo, y que en Polonia, el mismo número de hombres, en igual

(1) Enciclopedia británica, art. Economía Política.

tiempo, pueden producir 5.000 varas de paño y 2.000 fanegas de trigo. Es claro que abierto el comercio libre entre aquellas dos naciones, Inglaterra, manufacturando paño y enviándolo á Polonia, obtendria doble cantidad de trigo, en cambio de una masa dada de capital y trabajo, empleada en su territorio. Lo mismo sucederia en Polonia con respecto al paño. ¡Cuán ridícula es, pues, la opinion que el comercio no aumenta la eficacia del trabajo, y no añade nada à la riqueza pública! Si se cerrara toda comunicacion entre Inglaterra, Portugal y las Antillas, para producir en nuestra isla el vino, el azúcar y el café de que allí nos proveemos, seria forzoso emplear ciento, ó quizás mil veces mas capital, que el que enviamos á aquellos países en cambio de esos productos: y ningun capital bastaria para la produccion de las especerías, metales preciosos y otros mil géneros de frutos."

En el segundo lugar, aunque los economistas convienen en que la utilidad no es lo mismo que el valor, y en que aquella no es el regulador único y esclusivo de éste, no se puede negar que influye considerablemente en fijarlo; que es el primer móvil del deseo de adquirir, y de la voluntad del que adquiere, y por consiguiente, que el que halla en un producto cierto grado de utilidad, está mas dispuesto á satisfacer su valor, que el que no le encuentra ninguna. Lo que una nacion esporta es su sobrante, es decir, lo que no tiene valor en su territorio, y tiene valor en el territorio ageno, que ó no puede producirlo, ó no lo produciria sin arruinarse. Así el cambio de productos, ocasiona las mismas ventajas en las dos naciones que lo ejecutan: así lo que se llama ganancia, en este caso, no es el exceso del valor de lo que se toma con respecto á lo que se da; sino la enagenacion de lo inútil y la adquisicion de lo útil. En valores iguales, la utilidad no lo es: las can-

tidades representativas del valor son las mismas, y las ventajas reales que constituyen la ganancia, enormemente diversas. El sobrante destinado al cambio, sería ruina en el territorio propio, y es riqueza en el extraño.

A vista de unas ideas tan sencillas y tan de bulto, ¿qué es lo que ha podido inducir á los hombres á fallar sobre el aumento ó disminucion del capital de una nacion, solo en vista del equilibrio entre los frutos que salen de sus límites, y los que en ellos entra? No mas que la naturaleza del producto con que se llena el déficit. Se ha dicho que una nacion gana con el exceso de la esportacion sobre la importacion, porque cuando el exceso está en razon contraria, la diferencia se suple con dinero, de donde se ha deducido, que la que envia ménos y recibe mas en productos agrícolas ó fabriles, disminuye su capital metálico para saldar su cuenta, y á esta disminucion se ha dado el nombre de pérdida. Si España recibe 16.000,000 de duros en manufacturas inglesas, y solo envia á Inglaterra 8.000,000 en vinos, frutas y otros productos de su suelo, forzoso es que pague los otros 8.000,000 restantes, en pesos duros. Esto se llama tener la balanza del comercio en contra. En tocando al dinero, se hiere en lo vivo: sacarlo de casa, es arruinarse. Es cierto que todo es riqueza; las onzas de oro como los carneros; los doblones como el aceite: pero esto se entiende de puertas adentro. Fuera es otra cosa. El vacío que dejan el aceite y la lana, se reemplaza con algo: el que deja el dinero, con nada. Tales son las opiniones que vamos á combatir en el capítulo siguiente.

CAPITULO X.

Tercera objecion: estraccion de dinero.

“Se conciben, dicen nuestros contrarios, las ventajas del comercio estrangero, cuando se hace entre dos naciones que pueden saldar sus cuentas recíprocas, con los frutos de su suelo ó de su industria; pero cuando una de ellas no los posee en cantidad suficiente para mantener este equilibrio, cuando tiene que tocar á su capital circulante y disminuirlo, la cuestion muda enteramente de aspecto, y el comercio, que saca de un país el instrumento de todos los cambios, el alimento de todos los trabajos, el alma de todos los negocios, no puede ménos de ser ruinoso, nocivo y funesto. O se califica de mal ó de bien, la abundancia de dinero. Si es un mal, es extraño que los hombres y las naciones se afaneñ tanto en adquirirlo; si es un bien, todo lo que contribuye á disminuirlo, es perjudicial á la ventura pública. Los hombres, impulsados por el deseo de gozar, y cediendo á las tentaciones que